

La mesa del Cuerpo y la Sangre del Señor



Entre el pueblo judío de la antigüedad los pactos se sellaban con sangre. Cuando Moisés recibió las Tablas de la Ley, roció con sangre el altar, las tablas y al pueblo. Así quedó establecida la alianza entre Dios y el pueblo de Israel. En la Última Cena, Jesús advirtió que su sangre, que sería derramada, serviría como el nuevo pacto entre Dios y los hombres. Debido a esa sangre derramada en la cruz, los hombres podrían establecer un pacto de amistad con Dios.

También existía en el pueblo judío lo que se llamaba **Sacrificio de comunión**. Una parte de la víctima se quemaba, se convertía en humo; era como si fuera comida por Dios. La otra parte de la víctima la comían los sacerdotes y los que la ofrecían. Así se significaba la comunión entre Dios y los hombres. En la Última Cena, Jesús partió el pan y se los entregó a sus apóstoles, significando que su cuerpo iba ser partido en la cruz para que El pudiera ser alimento de redención. Nosotros siempre hemos creído que se trata de un alimento "verdadero", del Cuerpo y la Sangre de Jesús.

Cuando Jesús anunció la Eucaristía, les dijo a los del pueblo que debían "comer su cuerpo" y "beber su sangre". Los del pueblo entendieron al pie de la letra lo que Jesús decía: se horrorizaron y lo dejaron plantado. Jesús no fue detrás de ellos para decirles que le habían comprendido mal. En la Carta de San Pablo a los Corintios se expresa vivamente la creencia de la iglesia apostólica en la Eucaristía. San Pablo advierte que el que *"come el cuerpo y la sangre del Señor indignamente come y bebe su propio castigo"* (1 Cor 11,29). San Pablo no hacía referencia a un "panecillo simbólico", sino al verdadero cuerpo y la verdadera sangre de Jesús.

Los primeros Padres de la Iglesia lo comprendieron también en su sentido literal. Para ellos "comulgar" era convertirse más en Jesús. Afirmaban que el elemento inferior siempre es asumido por el elemento superior. Si nosotros comemos pan, no nos



La eucaristía tiene un efecto purificador.

convertimos en pan, sino que el pan se convierte en parte de nuestro ser. Cuando nosotros comulgamos, somos asumidos por Jesús; nos hacemos “más Jesús”. En esto consiste la santidad, en “asemejarnos” cada día más a Jesús.

Dice la primera Carta de San Juan que la “Sangre de Cristo” borra nuestros pecados (1 Jn 1,7). Uno de los efectos de la Eucaristía es la “purificación”. Por medio de la comunión, recibida debidamente, se perdonan nuestros pecados que no son “graves”. Si hay pecado grave en nosotros, antes debemos acudir al Sacramento de la Reconciliación. La eucaristía tiene un efecto purificador. Al salir de la Iglesia, después de participar en la comunión, ya no somos los mismos que al ingresar en la Iglesia, un cambio profundo se ha obrado en nosotros debido a la sangre de Cristo que ha cumplido su efecto sanador en nosotros.

Nada tan extraño a la Eucaristía como el pretender que surta en nosotros efectos mágicos. Con la Eucaristía puede repetirse lo que sucedió con el Maná. La primera vez que los del pueblo de Israel vieron el alimento que Dios les regalaba, se maravillaron y se preguntaban: “¿Qué es esto?”. Luego se

fueron acostumbrando al maná, hasta que llegaron a despreciarlo. Ya no adivinaron la mano de Dios en ese alimento que les era proporcionado como señal de la Providencia de Dios. Con la Eucaristía puede suceder lo mismo. Nos hemos acostumbrado a ella. Cuando la Eucaristía deja de “maravillarnos”, cuando se convierte nada más que en un “rito”, en una “ceremonia”, ya no existe allí propiamente una “comunión”, sino una mecanización de algo santo. De aquí la necesidad de permanecer como niños. El que se ha vuelto como niño espiritualmente hablando, está dispuesto siempre a maravillarse ante la Eucaristía. De aquí también la necesidad de permitirle a Dios que, vez por vez, nos caliente el corazón para poderlo encontrar en la mesa de su Cuerpo y de su Sangre.

Vayan en paz

Antes de iniciar el Éxodo, en la noche de Egipto, el Señor les ordenó que comieran un Cordero Pascual con el bastón en la mano, con las sandalias puestas, con las túnicas ceñidas. Debían estar preparados para recibir la orden de partida. El Señor quiso que se alimentaran con el Cordero Pascual antes de iniciar el viaje hacia los “sus-

tos” ante el Mar Rojo, hacia las inclemencias del desierto y hacia los asaltos de las tribus enemigas.

En la Eucaristía el Señor ya no nos alimenta con la carne del Cordero; ahora nos entrega su Cuerpo y su Sangre. Luego nos dice por medio del sacerdote: “Vayan en paz”. Nos envía al “terrible cotidiano”, a enfrentarnos con los nerviosismos de ganar el pan de cada día, a saber saltar sobre las zancadillas que otros nos quieren poner, a sortear las tentaciones que se nos aparecen en cada esquina. Pero el Señor nos ha dicho: “Vayan en paz”, que significa: “No tengan miedo; yo voy con ustedes. Dejen las dudas y vacilaciones. El Mar Rojo se puede abrir. De la roca puede brotar agua. Las aguas amargas pueden ser endulzadas”.

Participar en la eucaristía, es estar con el bastón en la mano, con las sandalias puestas y con la túnica ceñida; pres- tos a reanudar el viaje hacia la eternidad. El Señor no alimenta espiritualmente porque no quiere que desfallezcamos; nos quiere libres y seguros de que, fortalecidos con su Cuerpo y su Sangre, nada habrá que nos impida subir al Monte del Señor. 🙏